

Resumen:

Hay una manera de hablar de los filósofos como de espíritus infantiles que preguntan y cuestionan lo que a los demás les parece obvio, y así se sitúan y nos colocan ante lugares antes insospechados. ¿Se puede ser aprendiz de algo que consiste en ser aprendiz de todo? ¿De todo o de casi todo? ¿También son los filósofos aprendices de lenguas? ¿Pero no las desaprenden porque las tenían ya aprendidas? Lo que parece es que ya hay algo en la pregunta que nos impulsa a abordarla desde juegos en y con el lenguaje, desde viejos y nuevos usos lingüísticos con los que habitamos nuestras maneras de vivir, nuestros territorios, tan familiares y tan salvajes. ¿Hasta qué punto elegimos nuestros juegos de lenguaje, nuestros mundos y formas de vida en común? Quizás lo que hacen los filósofos aprendices o los aprendices de filósofos sea continuar el diálogo abierto entre incompetentes, entre investigadoras o personas poco hábiles con las respuestas dadas al respecto de cómo tenemos que actuar en nuestros entornos. En esta carta se trata de traer a la realidad lo que cuestionamos de ella: si se la podemos estar escribiendo a un aprendiz de filósofo. Es este un acto de creación con las palabras en el que acontece que andamos investigando cómo hacemos para saber hacer venir otras realidades usando lenguas. Cuando hacemos esto, también ocurre que cuestionamos los mundos de las educaciones, aproximándonos a los territorios donde habitamos ignorantes e infantiles, como niños recreadores de juegos que nos sorprenden y nos hacen filosofar, buscar. Interrogando a los modos de comunicarnos y educarnos, interrogamos la actitud filosófica misma, que es la actitud de preguntar lo que no habíamos preguntado o, al menos, como no lo habíamos preguntado. Parece que en ese poner en tela de juicio vamos errando por otras maneras de pensar, de habitar, de comunicar, de experimentar la vida como arte, pasión y encuentro con ella, con la vida que hacemos vivir y que merece más la pena como humana medida de personas entre personas. En este viaje con el aprendiz de filósofo, en este camino epistolar, transitamos por tres consideraciones, por tres paisajes. Por el primero, como sugiere la *estrategia Protágoras*, quizás no nos haga falta definir algo para ponernos a ello -lo que sería la ruina de la inversión epistemológica del mundo de la *estrategia Platón*-. Por el segundo paisaje, quizás no haya expertos para eso de saber cómo estamos deseando vivir, ni falta que nos hace. Quizás sea este el sentido más entrañable de los usos democráticos para la vida en sociedad: propiciar el deseo compartido de reconocimiento mutuo en las relaciones interpersonales. Y así, en la vida en común cultivaríamos el sentimiento de pertenencia a algo, a la demanda de humanidad, la de todos. Esa investigación bien puede llenar toda una vida. Por el tercero, quizás tenga cierto sentido enredarse diciendo que el para qué de la actitud de los aprendices de filósofo sea el de la utilidad humana: ¿para qué servimos las personas?

Palabras clave: Filósofo, preguntas, infancia, juegos de lenguaje, personas.

É possível escrever uma carta para um aprendiz de filósofo?

Resumo:

Existe uma maneira de falar dos filósofos como de espíritos infantis que perguntam e questionam o que para os demais parece óbvio, e assim se situam e nos colocam frente a lugares antes insuspeitados. É possível ser aprendiz de algo que consiste em ser aprendiz de todo? De tudo ou de quase tudo? São também aprendizes de línguas os filósofos?

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

Porém, não as desaprendem por que já as tinham aprendido? Parece que já existe algo na pergunta que nos impulsiona a abordar ela desde jogos em e com a linguagem, desde velhos e novos usos linguísticos com os que habitamos nossas maneiras de viver, nossos territórios, tão familiares e tão selvagens. Até que ponto escolhemos nossos jogos de linguagem, nossos mundos e formas de vida em comum? Talvez o que fazem os filósofos aprendizes ou os aprendizes de filósofos seja continuar o diálogo aberto entre incompetentes, entre pesquisadoras ou pessoas pouco hábeis com as respostas dadas sobre como temos que agir em nossos contextos. Nessa carta, trata-se de trazer para a realidade o que questionamos dela: se a podemos estar escrevendo a um aprendiz de filósofo. Eis um ato de criação com as palavras no qual estamos pesquisando como fazemos para saber fazer vir outras realidades usando línguas. Quando fazemos isto, também acontece que questionamos os mundos das educações, aproximando eles dos territórios onde habitamos ignorantes e infantis, como crianças recriadoras de brincadeiras que nos surpreendem e nos fazem filosofar, buscar. Interrogando os modos de comunicarmo-nos e educarmo-nos, interrogamos a própria atitude filosófica, que é a atitude de perguntar o que não tínhamos perguntado ou, pelo menos, como não o tínhamos perguntado. Parece que nesse pôr em questão vamos errando por outras maneiras de pensar, de habitar, de comunicar, de experimentar a vida como arte, paixão e encontro com ela, com a vida que fazemos viver e que merece mais a pena como humana medida de pessoas entre pessoas. Nesta viagem com o aprendiz de filósofo, neste caminho epistolar, transitamos por três considerações, por três paisagens. Pela primeira, como sugere a *estratégia Protágoras*, talvez não seja necessário falta definir algo para fazê-lo – o que seria a ruína da inversão epistemológica do mundo da *estratégia Platão*. Pela segunda paisagem, quiçá não existam expertos para isso de saber como estamos desejando viver, nem precisamos disso. Quiçá este seja o sentido mais interessante dos usos democráticos para a vida em sociedade: propiciar o desejo compartilhado de reconhecimento mutuo nas relações interpessoais. E assim, na vida em comum cultivaríamos o sentimento de pertença a algo, à demanda de humanidade, a de todos. Essa pesquisa bem pode preencher toda uma vida. Pelo terceiro, talvez faça certo sentido se enredar dizendo que o para que da atitude dos aprendizes de filósofo seja o da utilidade humana: para que servimos as pessoas?

Palavras-chave: Filósofo, perguntas, infância, jogos de linguagem, pessoas.

A letter to an apprentice philosopher

Abstract

Philosophers have a way of talking like childlike spirits who call into question what others regard as self-evident, thus taking themselves and us to unexpected locations. Can you be a learner of something which in fact is everything—or at least almost everything? Are philosophers also learners of languages? But do they not unlearn them because they already know them? There is something about these questions that drives us to address them through language games that leave us in our all-too-familiar epistemological territories. To what extent do we choose our language games, our worlds, and our forms of living together? Perhaps what apprentice philosophers do is to continue an open dialogue between incompetents, clumsy inquirers, or people trying to solve the question of how best to act in our actual environments. This letter, written to an apprentice philosopher, is about bringing what we call into question into reality, and as such is an act of creation through language. When we act in this way, we also find ourselves questioning the worlds of education, aligning them more closely with the epistemological territories we inhabit. By questioning the ways we communicate and educate, we are questioning the philosophical attitude itself,



which is the attitude of asking what we did not ask before, or at least not in the way we had asked before. This challenge leads us to wander into other forms of thinking, inhabiting, communicating, experiencing life as art, as passion, and as a way of encountering the life we are made to live. On this trip with the apprentice philosopher--on this letter-writing path--we journey through three landscapes. In one of these we find--as suggested by Protagoras--that we may not need to define something in order to understand it, which would be the ruin of Plato's epistemological strategy. In the second landscape, we find that there may in fact be no experts who know how we should live. Perhaps this is the most important realization for democracy as a way of life, since it fosters the shared desire for mutual recognition in interpersonal relationships, and nurtures the feeling of belonging to humanity and of being responsive to the world's needs. In the third, we find that the implicit aim of the apprentice philosopher is in fact an ideal of human usefulness.

Key-words: philosopher; questions; childhood; language games

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

¿SE PUEDE ESCRIBIR UNA CARTA PARA UN APRENDIZ DE FILÓSOFO?

El maestro, el primero en inscribir la filosofía como un ejercicio de palabras con otras en la *polis*, no escribe. El discípulo escribe, escondiéndose, a través de la escritura, en la máscara de su maestro. Esta ausencia también muestra el insoportable no-lugar de cualquier aprendiz de filósofo. ¿Cómo se aprende a pensar?

Walter Kohan: *Viajar para vivir, ensayar*

Estimado aprendiz de filósofo:

Permíteme que cometa la osadía de comunicarme contigo presuponiendo que eres un aprendiz de filósofo sin saber aún si es posible que exista una persona como tú a la que poder dirigirme en su calidad de aprendiz de las artes filosóficas.

Una de las primeras cosas que uno descubre al entrar en contacto con el mundo de quienes suelen tener actitudes filosóficas, es que tienen una marcada tendencia a preguntarse cuestiones del tipo: *¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?* ¡Nos cuestionan que pueda llegar a ser posible que sea lo que parece ser! Se trata de preguntas sobre las que cabe dar muchas vueltas, husmeando sus recovecos y sus cámaras ocultas, pero sobre las que pesa una circunstancia peculiar: nos llaman la atención sobre lo que damos por hecho, sobre lo que suponemos. Precisamente allí donde no cuestionamos lo que hacemos, surge el interrogante del filósofo que nos incomoda y que, sobre todo, nos parece que está fuera de lugar, porque pretende introducir la sospecha en lo que nos es más obvio y evidente, justamente en aquello que damos por sentado, en lo que ni siquiera nos hemos dado cuenta que es en lo que se basan nuestras creencias más arraigadas y las acciones de cada día. Los filósofos nos ponen en pie, en estado de alerta, nos levantan de los asentamientos a los que ya nos hemos acostumbrado, transformando los lugares comunes en territorios salvajes, en fronteras con lo desconocido, nos sueltan de los cómodos asideros y nos dejan sin otro apoyo que el de nuestros cuerpos con su humana medida del entorno, sin otra referencia que las relaciones que construimos mientras nos inventamos con nuestros vínculos en el medio que habitamos.

Las preguntas de los filósofos son de esas que interrogan a la posibilidad misma de que acontezca lo que acontece. Un ejemplo conocido es el de las aporías de Zenón de Elea, quien se empeñó en demostrar que era imposible que ocurriera lo que él mismo hacía cada día: ¡moverse! (claro que solo lo hizo para chincar a los pitagóricos que ponían en solfa con su teoría de los números la doctrina de su maestro Parménides acerca del *Ser* único, ingénito, inmutable e imperecedero). Lo que nos enseñan al interrogarnos acerca de todo aquello que damos por supuesto en una conversación, es que lo que *acontece* para nosotros es algo a lo que llegamos con una cantidad acumulada de presupuestos, de maneras de concebir el mundo que damos por sentado, que admitimos como referencias o puntos de partida sobre los que sostener creencias válidas acerca de qué es el mundo y cómo funciona. Precisamente la actitud filosófica es la que pone en entredicho esas respuestas ya dadas en nuestro entorno cultural. Lo dicho está oculto, latente, subyaciendo en el



lenguaje que heredamos de nuestros antecesores, de esos *humanes* que nos precedieron, también, como nosotros, con sus miedos, sus propósitos y sus creencias.

En todo caso, y ya que estamos en ella, en la pregunta que quiero someter a tu consideración parece que se esconde una paradoja. Si un filósofo es una persona que cultiva la actitud de la vida reflexionada con su continuo deseo de crecimiento personal en las relaciones en las que vive, entonces, de suyo, lo que caracteriza a estos a los que llamamos filósofos es, precisamente, su deseo de aprender, de saberse en una experiencia, de transformarse. Para eso es para lo que preguntan justamente allí donde los demás encontramos las respuestas a mano, y en este sentido nos recuerdan a los niños con su necesidad de cuestionarlo todo. No nos recuerdan a las personas que añoran la infancia como un salvavidas protector para los sucesivos naufragios que suelen acontecer en toda navegación vital. Los que se infantilizan a sí mismos o los que ponen gran parte de su empeño, y a veces todo él, en infantilizar a los demás, muy poco tienen que ver con los filósofos, que son como niños en su manera de vivir, es decir, en su manera de jugar con los usos lingüísticos establecidos, preconcebidos por los anteriores a nosotros y sedimentados casi, o sin casi, como leyes, costumbres y tradiciones incuestionables, como las pautas de comportamiento válidas, a ser posible para todo momento, persona y lugar. *Personas esponja*, pues, lo somos casi todas cuando asumimos que lo que es debe ser así y continuará siéndolo. Esta renuncia a la creación de mundos propios y a la confianza en la capacidad personal para inventarnos en una cierta medida -la de lo que imaginamos deseable- que juegue a nuestro favor en los vínculos que construimos y nos construyen, es una traición a la humana medida del mundo y siempre parece que trae consecuencias similares: personas dominando a otras personas.

Como te venía diciendo, entonces el filósofo del que te hablo es un aprendiz, ya que orienta su esfuerzo por comprender las relaciones creadas en el relato de la humanidad hacia otras nuevas estrategias de convivencia. Ojalá unas *otras* que nos permitan un juego abierto de oportunidades vitales en igualdad de condiciones, esto te lo digo de mi cosecha. Con la actitud filosófica nos sentimos torpes y fuera de lugar. Y aunque es cierto que con ella corremos el riesgo de sentirnos tan fuera de juego de las normalidades establecidas que no sepamos cómo arreglárnoslas con nuestra rareza, también lo es que podemos emplear nuestras cualidades para cuestionar las reglas de juego heredadas que no consideramos convenientes para nuestro interés de personalización. En este segundo caso, urge construir nuevas maneras de vivir, de relacionarnos y de usar los sentidos con los que inventamos nuestros proyectos. Por eso, hablarle a un aprendiz de filósofo es como hacerlo con un aprendiz de aprendiz. Vamos, que el ámbito de la filosofía no sería el de los expertos (¡Ay, qué chasco para tantos académicos!) Las personas que filosofan serían como esos niños que parecen mirarlo todo por primera vez. Este gesto infantil de sorpresa es resultado de la incertidumbre que sentimos en la realidad cuando nos ponemos a hacer de ella un mundo, un lugar habitable. Y ese relativo estar fuera de juego al que nos invita, no es sino la oportunidad para cambiar nuestros relatos por otros usos del lenguaje que vayan introduciendo nuevas metáforas, y con ellas nuevas maneras de interpretarnos a nosotros mismos y a cuanto forma parte del entorno en el que habita nuestra conciencia relacional. Al hablar de una u otra manera, somos, vivimos, pensamos, deseamos

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

y nos relacionamos también así, ya que solo a través de esa realidad simbólica nuestra podemos actuar.

¿En qué medida elegimos nuestras maneras de hablar? Esta pregunta es similar a la que planteó Schopenhauer cuando nos propuso cuestionar si podemos querer lo que no queremos, o no querer lo que queremos. Si no podemos elegir nuestros deseos es difícil interpretarnos como nosotros mismos y más bien seríamos *hechos* por alguien o por algo, de modo que no existiríamos como identidad individual o subjetividad. También si somos narrados y no contamos nuestra vida, sino que esta ya está escrita, entonces somos personajes de ficción que aparecen en un relato ya dado y resuelto y no narradores de nuestros proyectos de vida y novelistas de nosotros mismos. En un primer momento, parece que es inevitable que nuestras maneras de hablar nos elijan a nosotros y nos hablen de alguna manera: las *Ideas* platónicas habitan en los usos del lenguaje heredados y *nos hacen* porque como buenas *personas esponja* cultivamos nuestra capacidad lingüística usándola. ¿Cómo aprendemos a jugar a vivir? Viviendo en una red de relaciones simbólicas con el medio que ya ha sido construida por nuestros antecesores. De esta manera, para cuando empezamos a darnos cuenta, nuestra estructura neuronal ya ha crecido con millones de conexiones sinápticas. Y con todo y aún con eso, seguimos contando con cierta plasticidad para reinventarnos en alguna medida a partir de esas relaciones en cuyo vaivén acontece nuestro hablar, desear, actuar y olvidar cómo lo hacemos.

Esa es la tarea del aprendiz de filósofo: mantener abierta la conversación acerca de nuestras maneras de dar forma al mundo. Es un trabajo para *incompetentes*. Me explico: quiero decirte que es una actividad esta de la filosofía que solo puede proponérsela quien se reconoce torpe, quien no acaba de saber a qué atenerse en sus asuntos cotidianos desde los viejos usos y costumbres. Y de esta manera, la necesidad de aprendizaje y de búsqueda aparece cuando reconocemos que no tenemos la competencia necesaria para ejercer como personas en alguno de los aspectos de nuestra vida. Un filósofo, como todo buen *incompetente* que se precie a sí mismo y que no tenga tan claro si lo que desea pasa por dejar de serlo, es un investigador. Pero es un investigador especial, extraño, diferente a la mayoría, porque parece estar más interesado en el mismo hecho de sostenerse investigando, en mantener una constante inquietud en estado de alerta, que en resolver de una vez por todas las incógnitas que habita. Así que, contemos como contemos esta actitud filosófica, a mí solo se me ocurre reconocer a un filósofo allí donde hay un candidato a filósofo, un eterno aprendiz del pensamiento insatisfecho, alguien que aspira siempre a crecer como persona porque cree que nada que esté resuelto del todo y que no admita ser reconsiderado de ninguna de las maneras puede llegar a merecer la pena para una vida humana.

Ya disculparás este rollo que te estoy escribiendo sobre si es o no posible que tú existas, pero es que no es lo mismo que se dé algo en la realidad humana -como es el hecho de que tú seas alguien que está leyendo ahora esta carta que yo he escrito para ti- y que uno pueda comprenderlo de una determinada forma y, encima, hacérselo entender a los demás. Si la actitud filosófica sirviera para esto que estamos haciendo ahora, para comprender cómo interpretamos nuestros vínculos con el mundo (en nuestro caso se trata de momento del estrecho mundo del aprendiz de filósofo), entonces



tampoco estaría nada mal iniciar una correspondencia epistolar con alguien que, como tú, aspira a ingresar en el selecto listado de incompetentes filosóficos o filósofos incompetentes (¿son posibles los filósofos competentes?), preguntándole cómo puede uno interpretarse a sí mismo.

Al respecto de si podemos mostrar que es posible escribir una carta a un aprendiz de filósofo, se me ocurre que esta cuestión nos presenta la misma dificultad que la de si podemos hacer la pregunta: *¿es posible escribir una carta a un aprendiz de filósofo?* La respuesta que tenemos a mano es que en ambos casos ya lo hemos hecho y que, por lo tanto, ya está mostrado que sí, puesto que acabamos de formular dicha pregunta y yo te estoy escribiendo la carta a ti.

Pero también es posible demostrar que es imposible hacerlo y convencernos con un discurso de que nos sirve para algo responder negativamente a esa pregunta en una comunicación entre humanos, argumentando que para ser aprendiz de filósofo no se puede ser ya eso, filósofo, porque ¿cómo se va a aprender lo que ya se sabe? Y, sin embargo, en el caso de la filosofía todo el que tiene la actitud de ser aprendiz de ella, por eso mismo, ya lo es. El filósofo es el que cuestiona lo que cree saber y siempre está en disposición de aprender nuevas formas de deliberar sobre sí mismo y acerca de los juegos lingüísticos que usamos. Si ser aprendiz de filósofo quisiera decir aspirar a la erudición de miles de años de especulaciones teóricas sobre la verdad, el bien, la justicia, la libertad, la igualdad, la solidaridad, la democracia, el lenguaje, la belleza, la tecnología, la violencia, el olvido, la alegría, la paternidad, el amor, etcétera; entonces, el aprendiz y el filósofo serían dos bien distintos, y de algún modo podríamos aceptar que el primero está en camino o que cuenta con la posibilidad de conseguir lo que terminará por realizar cuando llegue a licenciarse en Filosofía en alguna Facultad universitaria de algún Estado del planeta Tierra. Pero, en la medida en que los filósofos lo son por su actitud de cuestionamiento de las ideas y creencias preconcebidas, en ese sentido: ¿cómo no va a ser uno, el aprendiz, lo que ya es, ser filósofo?

La filosofía es un arte, para algunos es una de las bellas artes, y como toda habilidad humana para actuar solo puede aprenderse usándola, ejercitándose en ella. Sócrates resumía toda su sabiduría diciendo que él solo sabía que no sabía nada, y en el reconocimiento de lo que ignoramos, en ese colocarnos en el barruntado espacio -hasta ahora deshabitado, pero que nosotros estamos estrenando- de lo que ponemos en *entredicho* (en su frontera, límite o intersticio), comenzamos a reconocer la humana medida del mundo que dábamos por sentado y nos sentimos como aprendices de las nuevas jugadas con las que desvelamos los entresijos de los relatos de los que venimos, y en los que ya no nos sentimos tan cómodos porque, desde que nos da por cuestionarlos, parece que es como si estuviéramos necesitados de continuar nuestro crecimiento personal con otras maneras de contarnos. Toda auténtica duda del entorno nos obliga a inventar un sentido diferente de nuestros vínculos en él, al menos a intentarlo puesto que nos hace presente el malestar de quedarnos en ese espacio que está en *entredicho*, entre Pinto y Valdemoro, en tierra de nadie, sin la vigencia de los usos pasados ni la alternativa de los nuevos.

¿Podemos salir bien parados de esta paradoja terminológica? Quizás sí. Quizás podamos lograrlo creando un sentido a la medida de nuestras expectativas, usando el lenguaje para que juegue a favor de nuestro propósito de escribirte a ti, querido amigo lector, como aprendiz de

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

filósofo (¡perdóname por insistir en llamarte así sin haber demostrado antes que sea posible hablarte de esta manera!). Lo que quiero decir es que te considero *aprendiz* porque sospecho que no estás habituado a cuestionarte la vida, y que entiendo que puedo denominarte *filósofo* porque eres alguien que ya se está entrenando en la actividad filosófica porque has comenzado a poner en tela de juicio alguna de las respuestas que ya tenías ahí, al alcance de tu mano, sin haber reflexionado antes sobre ellas. Puede que alguno de los otros lectores sí estén acostumbrados, e incluso que, de entre ellos, más de uno haya frecuentado la tradición filosófica de Occidente con todos sus grandes y pequeños relatos. Pero eso, de ser así, no invalida que tú seas el destinatario de esta carta. Los demás se han inmiscuido en nuestra conversación epistolar, con todo nuestro permiso y sin ningún inconveniente, al menos por mi parte, y sospecho que tampoco por la tuya, ¿no es así?

Y bien, entonces: ¿a qué viene este juego de paradojas casi irresolubles para luego decir que era un pequeño matiz de sentido el que estaba en juego y nos afectaba? Con la misma sencillez, y con humildad, quiero confesarte que viene a cuento de tres cosas que se me han ocurrido que pueden ser tan básicas, tan simples y tan tontamente evidentes, que no las consideramos, si bien el hecho mismo de someterlas a análisis ya orienta el sentido de nuestra conversación filosófica y, por lo tanto, de lo que pretendo sugerirte que significa para mí la actitud filosófica.

La primera es que no hace falta tener las definiciones de las cosas para manejarse con ellas. Y esto es así incluso con las cosas del lenguaje, con los asuntos relacionados con los actos lingüísticos. La perspectiva o manera de situarse ante la necesidad de saber a qué atenerse que supone que es imprescindible saber qué es el amor para poder constatar si estamos enamorados o no lo estamos, responde a la *estrategia Platón*, una estrategia epistemológica heredera -pero distorsionadora- del uso de *eidos* que al parecer hizo su maestro Sócrates (concibiéndolo como las formas mentales de las personas cuando se ponen a la tarea de la elaboración de definiciones universales), quien puede que viniera a decir que para actuar bien o mal primero es necesario saber qué es lo bueno y lo malo. Sin comprensión no habría manera de actuar.

Bueno, decir esto parece que más que corresponder a un estilo de juego epistemológico nos remite al estilo narrativo que habla de las personas como de constructores de sentido o intérpretes del mundo, un estilo de juego que también sería el de la *estrategia Protágoras*. Lo que pasa es que para Platón, seguramente estirando más de la cuenta del intelectualismo ético de Sócrates, se trataba de tener no ya una comprensión, sino *la* comprensión segura, definitiva, absoluta e incuestionable, lo que solemos llamar *Verdad*. De esta forma, se sembró la creencia epistemológica de que para saber a qué atenerse en los asuntos entre *humanes* era imprescindible encontrar el camino o método para acceder al *qué son* las cosas existente fuera del tiempo y así a salvo de la contingente variabilidad de las opiniones y los argumentos de las personas cuando se comunican con otras personas.

La perversión de estas jugadas de la *estrategia Platón* a las que llamamos epistemológicas consiste en que pone patas abajo el orden de los acontecimientos y en vez de asumir, con Protágoras y quizás con Sócrates, que construimos discursos, mapas conceptuales o definiciones de las cosas, en la conversación abierta de la humanidad, se les ocurrió el tremendo disparate de considerar si no será que podemos conversar entre nosotros con algún sentido porque de hecho ya existe ese *sentido*,



de modo que podemos llegar a participar de él -de lo que llamó *Ideas*- gracias a que contamos con un órgano especial que nos permite algo así como mirar hacia allí, como si fuera posible contemplar las *Ideas* con la *teoría* o visión intelectual de la *razón*, para después hablar, con un conocimiento fiable, de la realidad que está hecha a imitación de esas *Ideas* inmutables.

Para Protágoras, la construcción de argumentos y de instrumentos conceptuales en el juego humano del diálogo nos sería muy útil para convencer a nuestros interlocutores y hacer que el juego girara en torno a nuestros proyectos e intereses; mientras que es más probable que para Sócrates solo podríamos construir estos planes humanos de convivencia social si orientáramos la conversación a consensuar definiciones con un cierto grado de precisión, el suficiente al menos para lograr que habláramos de los asuntos cotidianos en un sentido compartido de lo que significan para nosotros. En todo caso, ambos se reirían o se escandalizarían de la propuesta de inversión de mundos platónica, de acuerdo a la cual, más o menos, se dice que las cosas son porque pueden ser pensadas y no que pueden ser pensadas (que es una manera de ser como formas mentales) porque son (tienen existencia como formas extra mentales). ¿No será que lo único que es porque puede ser pensado es el mismo pensamiento sobre la realidad mental? Nuestros dos *contemporáneos* se reirían si tomaran la propuesta metafísica de Platón como broma, ocurrencia o desvarío y no le hicieran mayor caso. Pero sospecho que se emplearían a fondo si -considerándola con todo el espíritu de seriedad que los metafísicos siempre han querido imprimir a sus *elucubrantes especulaciones abracadabrantés*- tuvieran que asumir la tarea de hacerle ver a este intrépido y disparatado Platón que de ser así como él pretendía, si estuviera ya dado el sentido verdadero de todo cuanto existe, ha existido y existirá, entonces la propia vida humana estaría cerrada, dada de antemano, y carecería de sentido alguno, puesto que este solo consiste en inventárselo en el encuentro público de personas que lo cuestionan llenando de interrogaciones el juego humano de establecer relaciones.

Como lees, mi querido amigo lector, lo que está en juego somos nosotros, tú, yo y todas las demás personas: si es necesario saber qué son las cosas para manejarse con ellas, entonces es como si fuera necesario haber vivido para poder empezar a vivir, porque aprendemos a vivir viviendo, sin otra red que nos proteja que las propias historias de nuestras culturas que son los relatos de la humanidad. Bueno, ahora se entiende mejor porque Platón y tantos otros han necesitado creer en las reencarnaciones y en la *otra vida*. Al parecer les producía tanta insatisfacción esta vida nuestra que preferían soñar con renunciar a ella -y por lo tanto a sí mismos- aunque fuera la única que tenían ahí (con un cierto desmano, todo hay que decirlo) antes que aceptar las reglas de juego de la humana medida del mundo.

La segunda dice que no necesitamos a expertos ni a dirigentes para decirnos cómo debemos jugar a interpretar las relaciones personales y el sentido de los usos humanos del lenguaje. Esta segunda, se juega junto a aquella otra propuesta primera y dice algo sobre cualquiera de las maneras de presentarse y concebir a los expertos o sacerdotes de la verdad con sus privilegios y sus estrategias de dominio sobre los demás -y de negocio con ellos- en su función de intermediarios: las personas aprendemos a vivir como personas entre personas, acostumbrándonos a jugar entre nosotras a cómo deseamos ser, y la filosofía es el hábito de cuestionar cómo jugamos para aprender a

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

comprender cómo dirigir el juego hacia el sentido compartido con el que decidamos continuar jugando. Este es el valor de la democracia o de las sociedades abiertas entendidas como terrenos de juego que son propicios a un estilo de convivencia que creemos que nos conviene porque juega a favor de nuestros proyectos de creación personal.

La personalidad sería entonces un efecto colateral de nuestro interés en reconocer a las demás como tales al interpretarlas como titulares de derechos y deberes, responsables del peso de sus vidas en condiciones de igualdad de oportunidades vitales con todas las demás, y con el criterio de que cuantas más, mejor. Lo que quiero decirte es que la medida siempre es humana, y que para crear personas basta con tener el coraje compartido de reorientar recíprocamente nuestras creencias hacia el proyecto de reconocerlas como tales. En sociología se habla de este curioso fenómeno de la convivencia entre humanos como de una *adscripción de rol*. Las personas terminamos respondiendo según como nos tratan o nos consideran los demás, bien sea aceptándolo y asumiendo el ejercicio y la puesta en escena de esas etiquetas sociales, o bien actuando en contra por rechazo, pero implicándonos desde él con la necesaria negación de lo que de nosotros se dice. La indiferencia no parece muy humana, por eso nos despersonaliza. Necesitamos relaciones humanas para crecer como personas, pero cualquier manera de vincularnos a los demás no nos posibilita hacernos con las riendas de nuestras vidas. Para mejorar en ese saber *hacernos*, contamos las relaciones de reconocimiento mutuo y de cooperación en proyectos que apuesten por el estilo de juego narrativo. Para incluir a los demás en nuestros propósitos de personalización, nos basta con darle un sentido común a lo relatos que pasaremos a compartir en cuanto hayamos creado esa vía de comunicación mutua.

Los que no estáis aún habituados a ejercitaros en un estilo de vida reflexiva, podéis compartir este ejercicio de estilo narrativo sin recurrir a especialistas de ningún tipo, sencillamente abriendo vuestro deseo a la posibilidad de conversar con otros, quienes quiera que sean, cuestionando el mundo recibido. No se es aprendiz de filósofo al relacionarse con una escuela de pensamiento de algún maestro. Más bien, se es aprendiz porque sentimos la necesidad de cultivar un sentimiento, de reivindicar la opción de que algo en nuestras vidas y en nuestro entorno, cualquier matiz de los asuntos humanos, por nimio o insignificante que pudiera parecernos en un primer momento, llegue a ser reescrito de otro modo diferente al de las formas humanas de *contar o no con él* que ya han sido registradas como respetables y reconocidos usos entre *humanes*.

Como ya te he comentado, esta curiosidad de la actividad investigadora de los filósofos se desprende de su manera de preguntar, fisqueando allí donde ingenuamente pensábamos que teníamos las respuestas a mano. Los aprendices de filósofo no solo interrogan con un estilo propio, sino que con sus nuevas formas de problematizar el mundo nos ofrecen su invitación a interpretar lo cotidiano desde un prisma diferente, con una perspectiva insospechada. Los filósofos juegan con el lenguaje y en ese juego narran un estilo de vida reflexiva que -según cómo sea- hace que también en parte se modifiquen así, de esa *forma*, nuestras maneras de relacionarnos, de inventar mundos y, en definitiva, de vivir. Por ejemplo, cuando hablamos de los *hombres* o de los *humanos* cargamos nuestro uso lingüístico con el sentido del olvido, con un silencio significativo que excluye del orden del



discurso todo lo que se da por integrado como si estuviera subordinado y fuera absorbido por la fagocitación de las reglas gramaticales. ¿Dónde habitan las mujeres?

Hasta tal punto asumimos acríticamente las reglas de juego en la convivencia, que damos por sentadas las medidas que hacemos del mundo, sin cuestionar su origen, ni su sentido o valor, es decir, su utilidad: ¿para qué sí o para qué no nos sirven? De ahí hay solo un paso hacia la creencia de que es la realidad no humana, en cualquiera de nuestros imaginativos modos de concebirla, la que da esas medidas, con todas sus pautas concretas de actuación. Ese es el gesto de todo lo que se atribuye a la *naturaleza*, sobreentendiendo siempre que por *naturaleza* nos referimos a la no humana, como si nosotros no fuéramos *naturaleza* ;Como si no existiéramos! Suposición que ya, de suyo, dice mucho acerca de los líos en los que solemos meternos al atraparnos en las redes de nuestras trampas lingüísticas. Lo *natural* es que la mujer asuma unas funciones en las relaciones entre parejas heterosexuales -o en los vínculos sociales en general- que son acordes a ese uso, también *natural*, de nuestras *formas* gramaticales. Todo lo demás lo dejamos fuera de juego, a todos los demás les vamos dejando fuera de nuestros juegos de convivencia.

Hay, pues, una continuidad entre nuestras creencias, nuestro uso del lenguaje y nuestro comportamiento en el mundo. También hay incongruencias, paradojas y sinsentidos, porque somos complejos y nos contradecemos a nosotros mismos debido a que nuestro sistema nervioso no está gobernado en exclusiva, ni prioritariamente, por el neocórtex racional. Pero eso no quiere decir tampoco que no configuremos nuestro estilo de juego lingüísticamente, tan solo nos recuerda que nuestra conciencia relacional no es una soberana absoluta de nada, ni siquiera de sí misma, y que su sabiduría puede estar más en su capacidad para reescribirse y modificarse a sí misma, para lograr aproximarse a nuevas relaciones con las condiciones del entorno que jueguen a favor de proyectos propios de vida, abiertos a modificaciones y, por lo tanto, revisables; que en obligarse a sí misma y al resto del mundo a responder a sus condiciones como si su estilo de juego fuera el estilo único y definitivo, un marco absoluto incuestionable que hay que acatar, pase lo que pase, siguiéndole la corriente a su metáfora de dominio.

Jesús Mosterín nos propone a ti y a mí que revisemos el juego gramatical de los usos genéricos entre hombres y mujeres y que apliquemos el neutro *humán*, en singular, o *humanes* en plural, para acabar con el olvido asimétrico y con tanta desigualdad e injusticia acumulada en ese registro patriarcal. También podemos jugar con la ambigüedad femenina de la palabra *persona* y hablar de *nosotras* al dirigirnos a un auditorio en el que hay pluralidad de géneros. Al menos provocaríamos un cierto desconcierto, un escándalo casero con el uso del lenguaje, que quizás abra la oportunidad de cuestionar la herencia gramatical.

El caso es que los filósofos gustan de cuestionar el lenguaje heredado y que ese es su instrumento fundamental de trabajo. Utilizan el lenguaje para hablar del lenguaje y, en este sentido, hablan del mundo en el que jugamos con el lenguaje cotidiano. Pero al hacer esto, están inventando otro uso del lenguaje, el reflexivo o metalingüístico, con sus nuevas jugadas y su correspondiente nuevo mundo o estilo de juego. Si son conscientes de ello y además tan honrados como para decirnoslo, todo está bien o, al menos, no tienen por qué añadir más confusión a la que ya solemos

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

tener en tantas circunstancias de nuestra vida en las que nos sentimos aturridos. De hecho, a menudo, ellos pretenden ser algo así como una especie de terapeutas de nuestros usos del lenguaje, y también suelen creer que con sus analíticas simbólicas (que no lo son de sangre ni de orina, sino gramaticales) pueden ayudarnos a que nos demos cuenta, por nosotros mismos, de los errores de apreciación que hemos ido almacenando en los usos que -sin saber cuándo ni cómo- hemos adquirido como *personas esponja* en las aguas de nuestro océano cultural.

Sin embargo, es frecuente que también los filósofos, como tristemente hacen los *políticos* (por supuesto, con todo nuestro beneplácito, porque así creemos, ingenuamente, que podemos quitarnos de encima la ardua tarea de dedicarnos al arte de la convivencia, arte que te sugiero que es aquello en lo consiste la vida misma), se profesionalicen, es decir, que hagan que su juego reflexivo con las palabras sea, por sí mismo, el sentido de su uso. Pero si el sentido de cualquier cosa es su relación, entonces -como ya creo haberte comentado- ninguna teoría, conciencia o lenguaje habitan si no es en un contexto situacional de condiciones vitales concretas. Así que volvemos a otra versión más de la estrategia del avestruz que no puede evitar seguir siendo afectado por la realidad aunque oculte la cabeza en un agujero para no verla. El filósofo-filólogo puede que oculte, con gran elegancia o con agotadora farragosidad, su cabeza pensante en el agujero de su palabrerío, pero por mucho que insista en esta jugada, sigue vivo en la realidad de la que sueña aislarse. Esta es otra manera más de procurar escondernos de nuestra relación con el entorno. Cuando se aplican con todas sus energías a ejercitarse en el lenguaje para crear lenguaje sobre el propio lenguaje, en vez de para habilitar nuevas relaciones con las situaciones no mentales en la que viven, entonces los filósofos siempre son metafísicos: esos torpes lingüísticos que se atrapan en sí mismos en un camino de ida que han inventado para volver a ningún lugar, enredados como han quedado en la admiración contemplativa de sus propios castillos de arena en el aire. Hacen que su situación sea el mismo tener que habérselas con sus juegos conceptuales y creen poder olvidar la existencia concreta del mundo que les alimenta, les permite respirar y sostiene su equilibrio biológico. Quizás por eso hacen como si ignoraran su cuerpo. Al parecer no se dan cuenta de que ese ignorar y todas sus otras elucubraciones acontecen en su corporalidad y son esta misma.

Puede que también cumplan su función en la historia de los relatos de los humanos, y que de sus cuentos, otros o ellos mismos, tarde o temprano sepamos sacar algo para nuestros vínculos. Puede que sea así. Al fin y al cabo de los efectos colaterales de nuestras conductas -incluidas las lingüísticas- poco podemos decir por adelantado. Pero, de momento, lo más inmediato que creo que podemos aprender con ellos es a no imitarles demasiado, y también, por qué no, a gozar con su entretenimiento como disfrutamos del relato del barón de Münchhausen.

El barón se convirtió en un personaje de leyenda del que nos cuentan cómo se salvó de una muerte segura al caer con el caballo que montaba en unas profundas arenas movedizas. Para asombro de todos logró hacerlo sin poder recurrir a otro punto de apoyo y referencia que no fuera él mismo, ya que nadie estaba allí para ayudarle ni alcanzaba nada en lo que sostenerse para poder hacer fuerza y salir de la trampa mortal a la que había venido a dar. Te estarás preguntando, querido aprendiz de filósofo, cómo pudo lograr la proeza de salir ileso de aquella situación sin otra ayuda,



humana o no, que la de su propio ingenio, y la respuesta ya no se hace esperar más. La verdad es que le resultó bastante sencillo, dentro de lo que cabe, porque lo único que tuvo que hacer fue asirse fuertemente de su propia coleta y tirar con todas sus energías de su pelo hasta que alzó su cuerpo y el del caballo que montaba y los depositó a ambos fuera del líquido cenagoso en tierra firme. ¿Astuto, no...?

Igual de sagaz que los *filósofos* que se enmarañan en las palabras con las que acaban haciéndose un buen lío. Estos llamados *filósofos*, no actúan así para desenredar el nudo de los significados que heredamos al vivir en una cultura en la que aprendemos a jugar de una determinada manera con los usos del lenguaje sin tener conocimiento de ello -o sea, sin comprender cómo lo estamos haciendo- sino para continuar envueltos en sus hilos sin tirar de ninguna otra cosa que no sean sus propios hilos enredándose entre sí. A estos supuestos aprendices de filósofo me gustaría decirles que no creo que nada de lo que puedan llegar a anudar o desanudar les sirva para gran cosa si no saben cómo vincularlo a las condiciones de su existencia. En ellas mismas han aprendido todo lo que ahora ponen en juego y, por lo tanto, cada una de sus nuevas metáforas o alegorías no son sino oportunidades para reescribir sus relaciones con el medio. Y está bien que se atrapen en su imaginación lingüística para soñarse palabreando, como también *Peter Pan* se encerró en su fantasía y no quiso crecer. Total, ¿para qué? ¿Para sufrir? Quizás las *avestruces peterpanes* que se atrapan en la prisión de sus miedos lo hacen para abandonar la posibilidad de crecer como personas entre personas, como si una suicida fuerza centrífuga, con todo su angustioso vértigo, les impulsara a lanzarse al vacío desde la montaña rusa de la humana medida del mundo.

Y esta es la tercera cuestión hacia la que pretendo dirigir tu atención en tanto que aprendiz de filósofo ¿Para qué podemos desear jugar a estos juegos de los filósofos? Lo que se me ocurre es que son jugadas deseables en tanto que puedan llegar a entrenarnos para jugar a nuestro favor, en la medida en que nos ayuden a darnos cuenta de para qué nos sirven los juegos del lenguaje con los que hemos aprendido a desenvolvemos en la vida y también con los que podemos inventar nuevas maneras de relacionarnos con el medio en el que interpretamos el mundo. Como los juegos lingüísticos para comprender el mundo y habitar en él con un estilo u otro de vida -es decir, para vivir con unos u otros intereses, proyectos y sentimientos- solo son una actividad humana; parece que el para qué de la actividad de los aprendices de filósofo será también el para qué de las personas. Si la actitud filosófica consiste en comprender los usos de los lenguajes con los que las personas se hacen a sí mismas en las redes de relaciones con las que construyen los sentidos compartidos de sus vidas, entonces preguntarse para qué sirve la filosofía es como preguntarse para qué sirven las personas.

¿Para qué servimos las personas? ¿Será que servimos para reconocernos como personas entre personas? Claro que hablar de las personas al servicio de otras personas puede interpretarse, al menos, en dos sentidos: como sometidas las unas a las otras en la insuficiente y frustrante lucha entre amos y esclavos; o bien sirviendo, *usándonos* unas personas a las otras, para hacernos mutuamente personas en este juego de reconocimiento mutuo. Esta segunda mirada sociológica ya no es una mirada representativa o eidética, ni juega con los variados usos de la metáfora de nuestra

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

esencia de vidrio como espejo de la realidad extra mental, o como el irreconciliable juego de la perspectiva infinitamente irresoluble de los espejos enfrentados entre sí, reflejándose mutuamente en su vacío e inocuo reflejar. En esta segunda acepción entre personas de la expresión “estar al servicio de”, comprendemos que los humanos nos reconocemos como tales en otros humanos, en esa interacción unas veces complicada, conflictiva y llena de padecimientos, otras hermosa, placentera y bañada en el aroma de la sencillez del cariño, y casi siempre una inestable mezcla de ambas. Las personas servimos para hacer personas. Y no estoy aludiendo ahora a hacer personas al *estilo Frankenstein* -pero con las técnicas médicas actuales en los hospitales y también en las lucrativas clínicas de cirugía estética- sino a la *estrategia Protágoras* para reconocernos como interlocutores válidos, con sentido, dotados de razón, de un estilo propio de narración en la comunicación abierta de la humanidad.

Ahora bien, con demasiada frecuencia, este *servir* nuestro también nos puede resultar insuficiente, incompleto y frustrante. Nunca acabamos de humanizar del todo a los demás ni ellos a nosotros, ya que la relación que es *ser personas* concluye con la muerte. Es como si fuéramos un boceto siempre inacabado de nosotros mismos. Además, suele pasar que no creemos recibir lo que merecemos o que no conseguimos dar todo lo que desearíamos. Los demás y nosotros mismos nos defraudamos muchas veces y tenemos que aprender a asumir las limitaciones y las fragilidades para poder convivir con cierto equilibrio con ellas. Incluso aunque fuera que satisfacemos a los demás y que estos nos cuidan con su afecto y sus estímulos de crecimiento personal, sería posible seguir encontrándonos todavía con personas que sufren sin saber por qué y, sobre todo, para qué.

Al parecer lo relevante en esto de hacer personas es el proceso, siempre abierto y por reelaborar. La vida da mucho que hacer, como en un viaje en el que fuéramos un Odiseo al que siempre le quedarán nuevas Ítacas hacia las que dirigirse, sin más patria o lugar de recogimiento que el horizonte del relato de nuestras posibles relaciones entre personas, una narración incierta, frágil y necesitada de todo nuestro cuidado. De ahí que cualquier intento de cerrar en uno los múltiples sueños de humanidad, sea como una niebla que invade la tierra y la hace desaparecer en las brumas del sinsentido. Los dogmas, las creencias absolutas, incuestionables, borran con su difuminador de sentidos nuestras relaciones contingentes y provisionales, anulando la capacidad de sobrevivir en el entorno, y nos conducen a una muerte simbólica, por inanición de proyectos de vida personales, propios, narrados por personas concretas que se reconocerían con un cierto regocijo en ellos, de tenerlos.

Así que, si bien los humanos podemos servir para destruir o para crear personas, no hay garantías ni para una cosa ni para la otra. La actitud de los filósofos no resuelve ni garantiza nada de modo definitivo o absoluto, tan solo es un compromiso personal con el estilo de juego de la *estrategia Protágoras*, es decir, con la humana medida del mundo. A partir de ahí, todo está por hacer, y eso es precisamente de lo que se trata, de sentir la necesidad de crear vínculos que jueguen a nuestro favor, donde jugar a nuestro favor no siempre está tan claro que pueda querer decir, o entra en conflicto con otras versiones de lo que significa a nuestro favor, o bien lo tenemos tan nítidamente redactado de antemano que no cabe ni una coma en ese espacio que ya parece estar ocupado a priori por una



voz que no es la nuestra y que, en la misma medida en que nos dice y nos nombra, nos borra de nosotros mismos.

Y ahora las preguntas son estas: ¿Acaso podemos vivir las personas sin garantías absolutas? ¿Es compatible ser personas con la existencia de garantías absolutas? ¿Nos basta con el deseo de creer en las personas para crearnos como personas? Te dejo con tus consideraciones, con la esperanza de que también encuentres en ellas la oportunidad de continuar ejerciendo tu actividad de aprendiz de filósofo.

Una sola cosa más. Mientras te escribía esta carta, me he preguntado en más de una ocasión cómo podría presentártela, con qué rotulo pintaría los contornos de una conversación abierta entre personas que aspiran a continuar creciendo con proyectos de convivencia que mejoren nuestras competencias para cuidar de nuestras fragilidades. Ya sabes tú muy bien de qué te estoy hablando, porque, como yo y como casi todos, las experimentamos, día sí y día también, y vamos acostumbrándonos a convivir desde ellas mientras nos contamos, los unos a los otros, cómo estamos transitando la aventura de abrazar el mundo que soñamos.

Por eso, porque también aprendemos a cuidarnos como personas entre personas al cuestionarnos para qué sirve contarnos los unos a los otros acerca de nuestros humanos asuntos, sin más recursos que nuestro coraje para desear compartir este nuestro estar vivos; creo que tiene su encanto y que seduce con su sutil y ligera belleza, llamar a esta epístola *relato de humanidad*.

Un saludo cordial.

Enviado em: 22/08/2013
Aprovado em: 19/09/2013

¿se puede escribir una carta para un aprendiz de filósofo?

Bibliografía.

- Bruner, J. (1999). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor.
- Dewey, J. (1998). *Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación*. Madrid: Morata.
- Innerarity, D. (1995). *La filosofía como una de las bellas artes*. Barcelona: Ariel.
- Kohan, W. (2014). *Viajar para vivir, ensayar*. Barcelona: Laertes.
- Kundera, M. (1994). *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets.
- Lledó, E. (1978). *Lenguaje e historia*. Barcelona: Ariel.
- Meirieu, Ph. (2006). *Carta a un joven profesor. Por qué enseñar hoy*. Barcelona: Graó.
- Mosterín, J. (2008). *La cultura de la libertad*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Nietzsche, F. (1986). *Así habló Zaratustra*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- Nussbaum, M. (2006). *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz.
- Savater, F. (2002). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.
- (1999). *Las preguntas de la vida*. Barcelona: Ariel
- Rorty, R. (2010). *Filosofía como política cultural*. Barcelona: Paidós.
- Rezola, R. (2014). *Filosofía y fragilidad*. Barcelona: Laertes.
- Stenhouse, L. (1991). *Investigación y desarrollo del curriculum*. Madrid: Morata.
- Volpi, J. (2011). *Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción*. Madrid: Alfaguara.
- Wittgenstein, L. (1988). *Sobre la certeza*. Barcelona: Gedisa.